

The Project Gutenberg EBook of Manfredo, by Lord Byron

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.net

Title: Manfredo
Drama en tres actos

Author: Lord Byron

Release Date: January 24, 2004 [EBook #10821]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO Latin-1

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK MANFREDO ***

Produced by Miranda van de Heijning, Paz Barrios and PG Distributed Proofreaders. This file was produced from images generously made available by gallica (Biblioth que nationale de France) at <http://gallica.bnf.fr>.

MANFREDO, DRAMA EN TRES ACTOS,

Por Lord Byron.

TRADUCCION CASTELLANA.

En el cielo y en la tierra
hay mil cosas que vuestros
filosofos tampoco dudan.

HORACIO.

Paris, Librería Americana, 1830.

PERSONAS.

UN CAZADOR DE GAMUZAS.

EL ABAD DE SAN MAURICIO.

MANUEL.

HERMAN.

LA ENCANTADORA DE LOS ALPES.

ARIMAN.

NEMESIS.

LOS DESTINOS.

ESPIRITUS.

La escena se representa en medio de los Alpes, unas veces en el castillo de Manfredo y otras en las montañas.

MANFREDO,

Drama en tres actos.

ACTO I, ESCENA PRIMERA.

[Manfredo está solo en la galería de un antiguo castillo. Es media noche.]

MANFREDO.

Mi lámpara va á apagarse; por mas que quiera reanimar su luz

moribunda; no podrá durar tanto tiempo como mi desvelo. Si parece que duermo, no es el sueño el que embarga mis sentidos y sí el descaecimiento que me causan una multitud de pensamientos que afligen mi alma y á los cuales no me es posible resistir. Mi corazon está siempre desvelado y mis ojos no se cierran sino para dirigir sus miradas dentro de mí mismo; sin embargo estoy vivo, y segun mi forma y mi aspecto, me parezco á los otros hombres.

¡Ah! ¡el dolor deberia ser la escuela del sabio! Las penas son una ciencia, y los mas sabios son los que mas deben gemir sobre la fatal verdad. El árbol de la ciencia no es el árbol de la vida.

Filosofía, conocimientos humanos, secretos maravillosos, sabiduría mundana, todo lo he ensayado y mi espíritu puede abrazarlo todo, todo puedo someterlo á mi genio: ¡inútiles estudios! He sido generoso y bienhechor, he encontrado la virtud aun entre los hombres ... ¡vana satisfaccion! He tenido enemigos; ninguno ha podido dañarme y varios han caido delante de mí: ¡inútiles triunfos! El bien, el mal, la vida, el poder, las pasiones, todo lo que veo en los demas ha sido para mí como la lluvia sobre la árida arena. Despues de aquella hora maldita... No conozco el terror, estoy condenado á no experimentar nunca el temor natural, ni los latidos de un corazon que hacen palpitar el deseo, la esperanza ó el amor de alguna cosa terrestre... Pongamos en práctica mis operaciones mágicas.

Seres misteriosos, espíritus del vasto universo, o vosotros á quienes he buscado en las tinieblas y en las regiones de la luz; vosotros que volais al rededor del globo y que habitais en las esencias mas sutiles; vosotros á quien las cimas inaccesibles de los montes, las profundidades

de la tierra y del Océano sirven
muchas veces de retiro... Yo
os llamo en nombre del encanto
que me da el derecho de mandaros;
¡despertaos y apareced!

[Un momento de silencio.]

¡No vienen todavía! ¡bien! por
la voz de aquel que es el primero
entre vosotros; por la señal que os
hace temblar á todos; en nombre
de aquel que no muere nunca ...
despertaos y apareced....

[Un momento de silencio.]

Si es así... Espíritus de la tierra y
del aire no eludireis seguramente
mis órdenes. Por medio de un poder
superior á todos los que acabo de
servirme, por un hechizo irresistible
nacido en un astro maldito,
resto ardiente de un mundo que ya
no existe, infierno errante en medio
del eterno espacio; por la terrible
maldición que pesa sobre mi alma,
por el pensamiento que tengo y que
está á mi alrededor, os requiero la
obediencia: pareced.

[Aparece una estrella en el fondo oscuro de la galería;
es una estrella inmóvil, y una voz canta las palabras
siguientes:]

PRIMER ESPIRITU.

Mortal, dócil á tus órdenes,
vengo de mi palacio situado sobre
las nubes, formado de los vapores
del crepúsculo y que colorea de
púrpura y de azul el disco del sol
poniente. Aunque me esté privado
el obedecerte, vuelo hácia tí sobre
el rayo de una estrella; he oído tus
conjuros. Mortal, ¡que tus deseos
se cumplan!

LA VOZ DEL SEGUNDO ESPÍRITU.

El Monte-Blanco es el monarca
de las montañas; está coronado
desde muchos siglos con una diadema
de nieve sobre su trono de
rocas. Está revestido con un manto
de nubes: los bosques forman su
ceñidor, tiene un avalange en sus
manos como un rayo amenazador;
pero espera mis órdenes para dejarlo
caer en el valle. La masa fría é inmóvil
del hielo se va derritiendo
todos los días, pero soy yo quien le
dice que precipite su marcha ó que
detenga sus témpanos. Yo soy el espíritu
de estas montañas, podría
hacerlas estremecer hasta sus cimientos
cavernosos... ¿Qué es lo que
quieres?

TERCER ESPÍRITU.

En las profundidades azuladas de
los mares, en donde no hay nada
que agite las olas, en donde nunca
ha soplado el viento, en los parages
que habita la serpiente marina, y
en donde la sirena adorna con conchas
su verde cabellera, la voz de
tu invocación ha resonado como la
tempestad sobre la superficie de las
aguas, el eco la ha repetido en mi
pacífico palacio de coral. Declara tus
deseos al espíritu del Océano.

CUARTO ESPÍRITU.

En los parages en donde duerme
el terremoto sobre una cama de
fuego, en los parages en donde hierven
los lagos de betún, en las concavidades
subterráneas que reciben
las raíces de estas cordilleras cuyas
cumbres ambiciosas se pierden en
las nubes, he oído los acentos mágicos,
y subyugado por su poder, he
dejado los lugares en que he nacido
para ponerme cerca de tí. Ordena,
yo obedeceré.

QUINTO ESPÍRITU.

Yo soy quien vuela sobre el aquilon
y el que prepara las tormentas.
La tempestad que he dejado detras
de mí está todavía ardiendo con los
fuegos de los truenos y de los relámpagos.
Para llegar mas pronto
en donde tú te hallas ha atravesado
la tierra y los mares en un huracan.
Un céfiro favorable hinchaba las velas
de una flota que encontré, pero
estará sepultada en las olas antes
que aparezca la aurora.

SESTO ESPÍRITU.

Mi morada es constantemente la
oscuridad de la noche. ¿Porqué tus
conjuros me fuerzan á ver la odiosa
claridad?

SÉPTIMO ESPÍRITU.

El astro que preside á tu destino
estaba dirigido por mí desde antes
que la tierra fuese creada. Nunca
habia girado un planeta mas hermoso
al rededor del sol: su curso
era libre y regular, ningun astro
mas benéfico existia en el espacio.
La hora fatal llegó: este astro se
convirtió en una masa de fuego, en
un cometa vago que amenazó al universo
girando siempre por su propia
fuerza, sin esfera y sin curso; horror
brillante de las regiones éteras,
monstruo disforme entre las constelaciones
del cielo. En cuanto á tí,
nacido bajo su influencia; tú, gusano
á quien yo obedezco y que
desprecio, cediendo á un poder que
no te pertenece, y que no te ha sido
prestado sino para someterte algun
día al mio, vengo por un momento
á reunirme á los espíritus débiles
que doblan aquí su rodilla; vengo
á hablar á un ser tal como tú. ¿Qué
me quieres pues, criatura de barro?
¿qué me quieres?

LOS SIETE ESPÍRITUS.

La tierra, el Océano, el aire, la noche, las montañas, los vientos y el astro de tu destino están á tus órdenes. Hombre mortal, sus espíritus esperan tus deseos. ¿Qué quieres de nosotros, hijo de los hombres? ¿qué quieres?

MANFREDO.

El olvido.

EL PRIMER ESPÍRITU.

¿El olvido de qué?

MANFREDO.

De lo que está dentro de mi corazón.
Leedlo, vos lo sabeis bien y yo no puedo explicarlo.

EL ESPÍRITU.

Nosotros no podemos darte sino lo que poseemos. Pídenos vasallos, una corona, el trono del mundo ó de uno de sus imperios; pídenos una señal con la cual gobernarás á los elementos que nos obedecen; habla, tú puedes obtenerlo todo.

MANFREDO.

El olvido; ¡el olvido de mí mismo!
¿No podreis encontrar lo que pido en las regiones secretas que me ofreceis tan liberalmente?

EL ESPÍRITU.

Esto no existe en nuestra esencia, ni en nuestra sabiduría; pero ... tú

puedes morir.

MANFREDO.

¿La muerte me lo concederá?

EL ESPÍRITU.

Nosotros somos inmortales, y no olvidamos nada, somos eternos, y para nosotros lo pasado y lo venidero son como lo presente: ved nuestra respuesta.

MANFREDO.

Esto es burlarse de mí; pero el poder que os ha conducido á mi presencia os ha puesto bajo mi disposicion. Esclavos, no hay que hacer mofa de las voluntades de vuestro señor. El alma, el espíritu, la chispa celeste, la luz de mi ser, tiene la misma brillantez y la misma penetracion que las vuestras, y no cederá jamas aunque se halle encerrada en una prision de barro. Respondedme, ó sino sabreis quien soy.

EL ESPÍRITU.

Nosotros repetiremos las mismas palabras; lo que acabas de decir puede ser tambien nuestra respuesta.

MANFREDO.

Esplicaos.

EL ESPÍRITU.

Si como tú dices, tu esencia es semejante á la nuestra, te hemos respondido, diciendo que lo que los hombres llaman la muerte no tiene ningun poder sobre nosotros.

MANFREDO.

Será pues en vano que os haya
invocado en vuestras moradas; vosotros
no quereis ó no podeis socorrerme.

EL ESPÍRITU.

Habla, te ofrecemos todo lo que
poseemos: piensa bien en ello antes
de despedirnos y pide. ¿Quieres un
reino, el poder sobre los hombres,
la fuerza, una larga serie de dias?

MANFREDO.

¡Malditos seais! ¿qué sacaré de
una larga vida? la mia ya ha durado
demasiado; desapareced.

EL ESPÍRITU.

Todavía un momento; mientras
que estamos aquí quisieramos serte
útiles. Piensa bien en esto; ¿no hay
algun otro don que pudieramos hallar
digno de serte ofrecido?

MANFREDO.

Ninguno: esperad sin embargo...
Un momento antes de separarnos,
quisiera veros cara á cara. Oigo
vuestras voces, cuya dulzura melancólica
se asemeja á las armonías
melodiosas en medio de un lago
cristalino; veo la inmóvil claridad
de una grande estrella, pero nada
mas. Pareced á mi presencia tales
como sois, uno despues de otro ó
todos juntos, pero en vuestra forma
acostumbrada.

EL ESPÍRITU.

Nosotros no tenemos otra forma
que la de los elementos de los que

somos el alma y el principio; pero
desígnanos la forma que quieras,
y será la que adoptaremos.

MANFREDO.

Poco importa la forma; no hay
ninguna sobre la tierra que sea hermosa
ó hedionda para mí: que aquel
que entre vosotros esté dotado de
mas poder, tome el aspecto que le
convenga. Yo lo espero.

[El séptimo Espíritu aparece bajo la figura de una
hermosa muger.]

EL SÉPTIMO ESPÍRITU.

Miradme.

MANFREDO.

¡O cielo! ¿será esto una ilusión?
si tú no fueses un sueño ó una imagen
engañosa ¡aun podría considerarme
dichoso! te estrecharia entre
mis brazos y aun podríamos... (_la
muger desaparece_). Mi corazon se
halla destrozado.

[Manfredo cae desmayado, y una voz hace oír el canto que
sigue.]

Cuando la luna brillará en las
regiones aéreas, el gusano fosfórico
en los céspedes, el metéoro al rededor
de las sepulturas y una llama
rojiza sobre las lagunas; cuando
aparecerá el relámpago repentino de
las estrellas que caigan, cuando los
buhos harán oír sus tristes conciertos
y las hojas permanecerán inmóviles
y silenciosas en el bosque que
cubre la colina, mi alma pesará
sobre la tuya con fuerza y de una
manera terrible.

Por profundo que sea tu sueño
tu espíritu no dormirá; hay algunas
sombras que nunca se desvanecerán

para tí, y algunos pensamientos que
nunca podras desterrar de tu corazon.
Por un poder que te es desconocido,
no podrás nunca estar solo:
este encanto secreto te envuelve como
una mortaja, y es como una
nube que te servirá de prision.

Aunque tú no me veas pasar por
tu lado, tus ojos me reconocerán
como un objeto que no debe estar
lejos, y que estaba cerca de tí habia
muy poco. Cuando en este terror
secreto volverás la cabeza, quedarás
sorprendido de no verme con tu
sombra sobre la tierra, y estarás
obligado á disimular el poder cuyos
efectos experimentarás.

Las palabras mágicas pronunciadas
sobre tu cabeza han atraido allí
una maldicion terrible, y uno de
los espíritus aéreos te ha hecho caer
en el lazo: en el soplado del viento
habrá una voz que te privará el
alegrarte; la noche te negará el silencio
de las sombras, y no podrás
ver brillar el sol sin desear al momento
el es del dia.

Yo he separado de tus lágrimas
pérfidas la esencia de un veneno
mortal, he escogido la sangre mas
negra de tu corazon, he arrancado
á tu sonrisa la serpiente que se
mantenia escondida en las arrugas
de tu rostro, he tomado el hechizo
que hacia tus labios tan peligrosos,
he comparado todas estas ponzoñas
á los venenos mas sutiles; los tuyos
son aun mas temibles.

Por tu corazon de hierro y tu
sonrisa de víbora, por tus ardides
fatales, por tus miradas engañosas,
por tu alma hipócrita, por tus artificios
seductores y tu falsa sensibilidad,
por el placer que encuentras
en el dolor de los otros, por la fraternidad
con Cain, vengo á condenarte
á que seas tú mismo tu infierno.

Derramo sobre tu cabeza el licor

mágico que te destina á los tormentos
que te preparo, el sueño y la
muerte estarán sordos á tus deseos y
á tus súplicas; veras la muerte á
tu lado para deseirla y temerla.
Pero ya tu decreto se cumple, y
una cadena invisible te rodea con
sus eslabones; mis palabras mágicas
producen su efecto: tu cabeza se
turba y tu corazon está próximo á
marchitarse.

ESCENA II.

[El teatro representa el monte Jungfro; el dia da
principio. Manfredo está solo entre las rocas.]

MANFREDO.

Los espíritus que habia invocado
me abandonan, las ciencias mágicas
que habia estudiado me son inútiles.
Busco un remedio á mis males
y no he hecho sino agriarlos: ceso
de contar con el socorro de los espíritus;
lo pasado no es de su resorte,
y el porvenir ... hasta tanto que
tambien esté sepultado en la noche
de los tiempos, me causa muy poca
inquietud. ¡O tierra en donde he
nacido! aurora radiante, y vosotras
altas montañas ¿ porqué sois tan hermosas?
Yo no puedo amaros. Y tú,
antorcha brillante del universo, que
estienes tu luz sobre toda la naturaleza,
y la haces temblar de gozo,
tú no puedes lucir en mi helado corazon.
Desde esta cima escarpada
veo las orillas del torrente, los pinos
magestuosos que la distancia
los hace semejantes á los humildes
arbustos; y cuando un solo movimiento
bastaria para hacer pedazos
mi cuerpo sobre esta cama de rocas,
y para fijarlo en un eterno descanso,
¿por qué razon estoy dudoso?

Siento el deseo de precipitarme
al pie de la montaña y no me atrevo

á ejecutarlo, veo el peligro y no
pienso en huirle. Un vértigo se ha
apoderado de mi vista, y sin embargo
mis pies se mantienen inmóviles
y firmes. Un poder secreto me
detiene y me condena á vivir á pesar
mio, si es vivir el llevar un desierto
árido en mi corazon, y el ser
yo mismo el sepulcro de mi alma,
supuesto que no trato de justicar
mis crímenes á mis propios ojos:
esta es la última desgracia de los
malos.

[Un águila pasa sobre Manfredo.]

¡O tú, reina de los aires, cuyo
rápido vuelo te remonta hácia los cielos,
que no te dignes caer sobre mí,
para hacer presa de mi cadáver, y
alimentar con él á tus hijuelos! Ya
has atravesado el espacio en que podian
seguirte mis ojos; y los tuyos
pueden todavía descubrir todos los
objetos que estan sobre la tierra y
en el aire... ¡Ah! ¡cuántos objetos
dignos de admiracion ofrece este
mundo visible! ¡cuán grande es en
sus causas y en sus efectos! pero nosotros
que nos llamamos sus señores,
nosotros, criaturas de barro y
semidioses al mismo tiempo, incapaces
de poder caer á un rango mas
inferior, y tambien de elevarnos,
escitamos una guerra continua entre
los elementos diversos de nuestra
doble esencia, respirando á un mismo
tiempo la bajeza y el orgullo,
estamos indecisos entre nuestras miserables
necesidades y nuestros deseos
soberbios, hasta el dia en que
la muerte triunfa y en que el hombre
viene á ser ... lo que no se atreve
á confesar á sí mismo, ni á sus semejantes.

[Un pastor toca la flauta en un parage lejano.]

¡Qué dulce melodía es el sonido
natural de la zampoña campestre!
porque, en estos parages, la vida
patriarcal no es ciertamente una fábula
de la edad de oro; el aire de la
libertad no resuena aquí sino en las

armonías de la flauta pastoral, y en
el ruido sonoro de los cencerros del
ganado que retoza en las colinas.
¡Mi alma está hechizada con semejantes
ecos!... ¡Qué no sea yo el invisible
espíritu de un sonido melodioso,
de una voz viva, de una
armonía animada, que nace y muere
con el soplo que la produce!

[Llega un cazador de gamuzas que viene del pie de la
montaña.]

EL CAZADOR.

La gamuza ha salvado las rocas,
y sus pies ágiles la han llevado lejos
de mí; apenas mi caza me habrá proporcionado
en el día con que hacerme
olvidar mis correrías peligrosas...
¿Pero qué veo? ¿Quién es
este hombre que parece que no es
ninguno de nuestros cazadores, y
que no obstante ha sabido recorrer
estas alturas escarpadas que nuestros
compañeros los más ejercitados son
los únicos que pueden practicarlo?
Sus vestidos anuncian la riqueza;
su aspecto es varonil, y sus ojos son
tan arrogantes como los de un labrador
que sabe que ha nacido libre.
Acerquémonos á él.

MANFREDO.

[Sin haber visto al cazador.]

¡Es indispensable el verse encanecer
por las penas; semejante á los
pinos disecados, restos de los destrozos
de un solo invierno, despojados
de su corteza y de sus verdes
hojas! ¡Es necesario conservar una
vida que no sustenta en mí sino el
sentimiento de mi ruina! ¡es preciso
recordarme siempre de los tiempos
más dichosos! ¡Tengo mi rostro
lleno de arrugas, no por los años,
pero sí por las horas y los momentos
más largos que los siglos! ¡y todavía
puedo vivir! ¡Cumbres coronadas

del hielo, avalanches que un soplo
puede separar de las montañas,
venid á confundirme! He oido muchas
veces rodar en los valles vuestras
masas destructoras, pero vosotros
no aniquilais sino los seres que
todavía quisieran vivir, las tiernas
plantas de un nuevo bosque, la cabaña
ó la choza del inocente labrador.

EL CAZADOR.

La niebla empieza á levantarse en
el centro del valle, voy á advertirle
que se baje, se arriesgaria á perder
á un mismo tiempo el camino y la
vida.

MANFREDO.

Los vapores se amontonan al rededor
de los hielos, las nubes se
forman en copos blanquecinos y sulfúreos,
semejantes á la espuma que
salta por encima de los abismos infernales,
en donde cada ola burmugeante
va á romperse en la costa en
donde estan reunidos los condenados
como las piedras en la de la mar.
Un vértigo se apodera de mí.

EL CAZADOR

Acerquémonos con precaucion
por temor de no sobrecogerle: parece
que ya titubea.

MANFREDO.

Las montañas se han abierto un
camino al traves de las nubes, y con
su choque han hecho temblar toda
la cordillera de los Alpes, cubriendo
de escombros los verdes valles, deteniendo
el curso de los rios por
su caida repentina, reduciendo sus
aguas en turbillones de vapores y
forzando al manantial á que se forme
una nueva madre. Asi cayó en otros

tiempos el monte Rosemberg minado
por los años. ¡Qué no hubiese caído
sobre mí!

EL CAZADOR.

¡Amigo tened cuidado! el dar
otro paso pudiera seros fatal. Por el
amor del Criador, no permanezcais
á la orilla de este precipicio.

[Manfredo continua sin oírle.]

MANFREDO.

¡Hubiera sido un sepulcro digno
de Manfredo! mis huesos habrían
descansado en paz bajo un monumento
semejante, no hubieran quedado
sembrados sobre las rocas, viles
juguetes de los vientos, como
van á serlo, después que me haya
precipitado... ¡A Dios bóvedas celestes;
que vuestras miradas no me
reprendan mi acción, vosotras no
estais hechas para mí! ¡Tierra, yo
te restituyo tus átomos!

[Cuando Manfredo va á precipitarse, el cazador le coge y
le detiene.]

EL CAZADOR.

¡Detente! insensato: aunque te
halles fatigado de la vida, no manches
nuestros pacíficos valles con tu
sangre culpable. Ven conmigo, yo
no te dejaré.

MANFREDO.

Tengo el corazón desolado...
Vaya, no me detengas más... Me
siento desfallecer... Las montañas
dan vueltas delante de mí como si
fuesen turbiliones. Yo ceso de vivir...
¿Quién eres?

EL CAZADOR.

Yo responderé despues, ven connmigo.
Las nubes se apaciguan.
Apóyate sobre mi brazo y pon aquí
tu pie... Toma este baston y ostente
un momento en este arbolito
dame la mano y no abandones mi
cinto... Poco á poco... Bien ... de
aquí á una hora estaremos en la casa
en donde se hacen los quesos. Valor;
muy luego encontraremos un pasage
mas seguro, una especie de sendero
abierto por un torrente de invierno...
Vamos; ved que está bueno. Tú hubieras
sido un escelente cazador;
sígueme....

[Descienden con trabajo por las rocas.]

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II, ESCENA PRIMERA.

[El teatro representa una choza de los Alpes.]

MANFREDO Y EL CAZADOR DE GAMUZAS.

EL CAZADOR.

No, no, permaneced todavía,
partireis mas tarde, vuestro espíritu
y vuestro cuerpo tienen necesidad
de mas descanso. De aquí á algunas
horas estareis mejor, os serviré de
guía, ¿pero adónde iremos?

MANFREDO.

Conozco el camino y no necesito
guía.

EL CAZADOR.

Vuestros vestidos y vuestro aire
anuncian un hombre de un nacimiento
distinguido; vos sois sin
duda uno de los señores cuyos castillos
dominan los valles; ¿cuál es
vuestra morada? Yo no conozco sino
la puerta de los palacios de los grandes.
Mi modo de vivir me conduce
muy rara vez á sus vastos hogares,
para sentarme allí al rededor del
fuego con sus vasallos; pero los senderos
que se dirigen á dichos castillos
me son muy conocidos desde
mi infancia. ¿Cuál es el que os pertenece?

MANFREDO.

Poco te importa.

EL CAZADOR.

¡Y bien! perdonadme mis preguntas;
pero dignaos estar mas alegre.
Venid á gustar mi vino; es muy
viejo: muchas veces me ha confortado
el corazon en medio de nuestros
hielos; recurrid á él para reanimar
vuestro valor. Vamos, bebamos
juntos.

MANFREDO.

Separa, separa esa copa; ¡sus
bordes estan mojados con sangre!
¡No veré nunca esta sangre sepultada
bajo la tierra!

EL CAZADOR.

¿Qué quereis decir? ¿vuestros
sentidos estan turbados?

MANFREDO.

Digo que es mi sangre, mi propia
sangre, la sangre pura que corria en
las venas de nuestros padres y en
las nuestras, cuando en los primeros
días de nuestra juventud no teniamos
sino un corazon, y nos amábamos
como no hubiéramos nunca debido
amarnos. Esta sangre ha sido
derramada, pero se eleva eternamente
de la tierra y va á teñir las
nubes que me cierran la entrada del
cielo, en donde tú no estás y en
donde yo no estaré jamas!

EL CAZADOR.

¡Hombre singular en tus palabras,
á quien sin duda persigue algun remordimiento
y á quien el delirio
manifiesta las fantasmas! cualesquiera
que sean tus terrores y tus
penas, todavía hay consuelos para tí
en la piedad de los hombres justos
y en la paciencia....

MANFREDO.

¡La paciencia! ¡y siempre la paciencia!
esta palabra fue creada para
los hombres dóciles y no para las
aves de presa... Predica la paciencia
á los mortales formados con el miserable
polvo, yo soy de otra especie.

EL CAZADOR.

¡Gracias á Dios! yo no quisiera
ser de la tuya por la gloria de Guillermo
Tell. Pero cualquiera que sea
el mal que te oprime, es preciso soportarle,
y todos esos movimientos
convulsivos son inútiles.

MANFREDO.

Yo le soporto sobradamente. Mírame:
yo vivo.

EL CAZADOR.

Tú te agitas con terror, pero no
vives.

MANFREDO.

Te responderé que he vivido muchos
años, y que no cuentan por
nada en el día en comparación de
los que me faltan vivir. Veo delante
de mí siglos, el infinito, la eternidad,
mi conciencia y la sed ardiente
de la muerte que me atormenta sin
cesar.

EL CAZADOR.

Apenas se reconoce en tu frente
la edad de la virilidad, yo cuento
muchos más años que tú.

MANFREDO.

¿Crees que la existencia depende
del tiempo? Las acciones; ved nuestras
épocas. Las mias han multiplicado
mis días y mis noches al infinito;
los han hecho innumerables
como los granos de arena de una
costa, y los han convertido en un
desierto árido y helado al que vienen
á espirar las olas que al retirarse no
dejan sino cadáveres, escombros de
las rocas y algunas yerbas amargas.

EL CAZADOR.

¡Ay! ha perdido el juicio, pero
yo no debo abandonarle.

MANFREDO.

¡Qué no le haya perdido como tú
dices! todo lo que ahora veo no sería
sino el sueño de un cerebro enfermo.

EL CAZADOR.

¿Qué ves pues, ó qué crees ver?

MANFREDO.

A tí y á mí, un paisano de los Alpes,
tus modestas virtudes, tu choza
hospitalaria, tu valerosa paciencia,
tu alma arrogante, libre y
piadosa; tu respeto por tí mismo
fundado sobre tu inocencia, tus días
llenos de salud, tus noches consagradas
al sueño, tus trabajos ennoblecidos
por el riesgo y sin embargo
esentos del crimen, tu esperanza de
una dichosa vejez y de una sepultura
pacífica, en donde una cruz y una
guirnalda de flores adornarán los
céspedes, y á la cual servirán de
epitafio los tiernos sentimientos de
tus nietos: esto es lo que veo; y si
miro dentro de mí mismo ... pero ya
no es tiempo; mi alma estaba ya dolorida....

EL CAZADOR.

¿Y no cambiarías con gusto tu
suerte por la mía?

MANFREDO.

No, amigo mio, yo no querria
hacer un cambio tan funesto por tí,
y no lo haria con ningun otro viviente.
Solo, puedo resistir á mis
angustias, solo, puedo vivir soportando
lo que los otros hombres no
podrian conocer, ni aun en sueños,
sin perder la vida.

EL CAZADOR.

¿Cómo con este generoso interes
por tus semejantes, puedes verte
cargado de crímenes? cesa de decírmelo;
¿un hombre capaz de un
sentimiento tan tierno puede haber
inmolado á su furor á sus enemigos?

MANFREDO.

No, no, ¡jamás! he sido cruel con los que me amaban, con aquellos á quienes yo amaba. Jamás he dado un golpe á un enemigo sino en mi legítima defensa; pero ¡ay! mis caricias eran fatales.

EL CAZADOR.

¡Qué el cielo restituya la tranquilidad á tu alma! ¡qué el arrepentimiento te vuelva á tí mismo! yo te prometo mis oraciones.

MANFREDO.

No tengo ninguna necesidad de ellas; pero no desprecio tu piedad, me retiro; á Dios. Te dejo este bolsillo, igualmente que mis gracias, no hay que rehusarle ... esta recompensa te es debida ... no me sigas ... conozco mi camino, no tengo que atravesar los senderos peligrosos de la montaña; lo repito otra vez, no quiero que se me siga.

[Manfredo se va.]

ESCENA II.

[El teatro representa un valle de los Alpes inmediato á una catarata.]

MANFREDO.

El sol no se halla á la mitad de su carrera, y el arco íris que corona el torrente recibe de sus rayos sus hermosos colores[1]. Las aguas estienden sobre el declivio de las rocas su manto de plata, y su espuma que se eleva como un surtidor, se parece á

la cola del enorme y pálido caballo
del Apocalipsis sobre el que vendrá
la Muerte.

Mis ojos solamente gozan en el
momento de este magnífico espectáculo,
estoy solo en esta pacífica
soledad, y quiero disfrutar del homenaje
de la cascada con el genio
de este lugar. Llamémosle.

[Manfredo toma algunas gotas de agua en el hueco de su
mano y las arroja al aire pronunciando su conjuro
mágico. Al cabo de un momento de silencio aparece la
Encantadora de los Alpes bajo el arco iris del
torrente.]

¡Espíritu de una hechicera hermosura,
que yo pueda admirar tu
cabellera luminosa, los ojos resplandecientes
y las formas divinas que
reúnen todos los hechizos de las
hijas de los hombres á una sustancia
aérea y á la esencia de los mas puros
elementos! Los colores de tu tez
celeste se parecen al bermellon que
hermosea las mejillas de un niño
dormido en el seno de su madre y
mecido con los latidos de su corazon;
se parecen al color de rosa que
dejan caer los últimos rayos del dia
sobre la nieve de los ventisqueros,
y que puede equivocarse con el púdico
sonrosado de la tierra recibiendo
las caricias del cielo. Tu aspecto
suaviza el resplandor del arco brillante
que te corona; yo leo sobre
tu frente serena que refleja la calma
de tu alma inmortal, leo que tú perdonarás
á un hijo de la tierra, con
quien se dignan comunicar algunas
veces los espíritus de los elementos,
el atreverse á hacer uso de los secretos
mágicos para llamarte á su
presencia y contemplarte un momento.

LA ENCANTADORA DE LOS ALPES.

Hijo de la tierra, yo te conozco;
igualmente que los secretos á que
debes tu poder, te conozco por un
hombre de pensamientos profundos,

estremoso en el mal y en el bien,
fatal á los otros y á tí mismo; te esperaba,
¿qué quieres de mí?

MANFREDO.

Admirar tu hermosura, nada mas.
El aspecto de la tierra me sumerge
en la desesperacion; busco un refugio
en sus misterios, huyo cerca de
los espíritus que la gobiernan; pero
ellos no pueden socorrerme; les he
pedido lo que no pueden darme,
no les pido nada mas.

LA ENCANTADORA.

¿Qué es pues lo que pides, que
no pueden concedértelo aquellos
que lo pueden todo y que gobiernan
los elementos invisibles?

MANFREDO.

¿Para qué repetiré la relacion de
mis dolores? seria en vano.

LA ENCANTADORA.

Yo los ignoro, tened la bondad
de referírmelos.

MANFREDO.

¡Bien! por cruel que sea para mí
esta confesion, hablará mi dolor.

Desde mi juventud, mi espíritu
no estaba de acuerdo con las almas
de los hombres, y no podia mirar
la tierra con amor. La ambicion que
devoraba á los demás me era desconocida;
su objeto no era el mio ...
mis placeres, mis penas, mis pasiones
y mi carácter me hacian parecer
un estraño en medio del mundo.
Aunque revestido de la misma forma
de carne que las criaturas que

me rodean, no sentia ninguna simpatía
por ellas ... una sola ... pero yo
hablaré de ella luego.

Mis placeres eran el ir en medio
de los desiertos á respirar el aire vivo
de las montañas cubiertas de hielo,
sobre cuya cumbre los pájaros no
se hubieran atrevido á construir su
nido, y en donde el granito desnudo
de yerbas se ve desierto de los insectos
alados. Gustaba de atravesar
las aguas de los torrentes furiosos, ó
de volar sobre las olas del Océano
iracundo; me encontraba ufano de
ejercitar mi fuerza contra los corrientes
rápidas; gustaba durante la
noche de observar la marcha silenciosa
de la luna y el curso brillante
de las estrellas; miraba fijamente los
relámpagos durante las tempestades
hasta tanto que mis ojos quedasen
deslumbrados, ó bien escuchaba la
caida de las hojas cuando los vientos
del otoño venian á despojar los bosques.
Tales eran mis placeres, y tal
era mi amor por la soledad, que si
los hombres, de quienes me afligia
el ser hermano, se encontraban á mi
paso, me sentia humillado y degradado,
hasta no ser ya, como ellos,
sino una criatura de barro.

En mis paseos delirantes descendia
á la profundidad de las cavernas
de la muerte para estudiar su causa
en sus efectos, y desde los montones
de huesos y del polvo de los sepulcros,
me atrevia á sacar consecuencias
criminales; consagré las noches
en aprender las ciencias secretas olvidadas
hace ya mucho tiempo. Gracias
á mis trabajos y á mis desvelos,
á las pruebas terribles y á las condiciones
á que nos someten la tierra,
los aires y los espíritus que despueblan
el espacio y el infinito, familiaricé
mis ojos con la eternidad, como
habian hecho en otros tiempos los
mágicos y el filósofo que invocó en
su profundo retiro á Eros y á Anteros[2].
Con mi ciencia creció mi
ardiente deseo de aprender, mi poder

y el enagenamiento de la brillante
inteligencia que....

LA ENCANTADORA.

Acaba.

MANFREDO.

¡Ah! me complacia en detenerme
estensamente sobre estos vanos atributos,
porque cuanto mas me acerco
del momento en que descubriré la
llaga de mi corazon ... pero quiero
proseguir: aun no te he nombrado,
ni padre, ni madre, ni querida, ni
amigo, con quienes me hallase
unido por nudos humanos: padre,
madre, querida, amigo, estos títulos
no eran nada para mí; pero habia
una muger....

LA ENCANTADORA.

Atrévete á acusarte á tí mismo:
prosigue.

MANFREDO.

Se me parecia en lo exterior, en
los ojos, en la cabellera, en sus facciones
y aun en su metal de voz;
pero en ella todo estaba suavizado
y hermoseedo por sus atractivos. Lo
mismo que yo, tenia un amor decidido
por la soledad, el gusto por
las ciencias secretas y un alma capaz
de abrazar al universo; pero
tenia ademas la compasion, el don
de los agasajos y de las lágrimas,
una ternura ... que ella sola podia
inspirarme, y una modestia que yo
nunca he tenido. Sus faltas me pertenecen:
sus virtudes eran todas
suyas. Yo la amaba y le privé de la
vida.

LA ENCANTADORA.

¿Con tus propias manos?

MANFREDO.

¡Con mis propias manos! no; fue mi corazón el que marchitó el suyo y le destrozó. He derramado su sangre, pero no ha sido la suya. Su sangre ha corrido sin embargo, he visto su pecho desgarrado y no he podido curar sus heridas.

LA ENCANTADORA.

¿Es esto todo lo que tienes que decir? haciendo parte á pesar tuyo de una raza que tú desprecias, tú que quieres ennoblecerla elevándote hasta nosotros ¡puedes olvidar los dones de nuestros conocimientos sublimes y caer en los bajos pensamientos de la muerte! no te reconozco.

MANFREDO.

¡Hija del aire! te protesto que, después del día fatal... Pero la palabra es un vano soplo, ven á verme en mi sueño, ó á las horas de mis desvelos, ven á sentarte á mi lado; he cesado de estar solo, mi soledad se halla turbada por las furias. En mi rabia rechino los dientes mientras que la noche estiende sus sombras sobre la tierra, y desde la aurora hasta ponerse el sol no ceso de maldecirme. He invocado la pérdida de mi razón como un beneficio, y no se me ha concedido: he arrojado la muerte; pero en medio de la guerra de los elementos, los mares se han retirado á mi presencia. Los venenos han perdido toda su actividad; la mano helada de un demonio cruel me ha detenido en la orilla de los precipicios por solo uno de mis cabellos que no ha querido romperse. En vano mi imaginación fecunda ha

creado abismos en los cuales ha querido
arrojarse mi alma; he sido rechazado,
como si fuese por una ola
enemiga, en los abismos terribles
de mis pensamientos. He buscado
el olvido en medio del mundo, lo
he buscado por todas partes y nunca
le he hallado; mis secretos mágicos,
mis largos estudios en un arte sobrenatural,
todo ha cedido á mi desesperacion.
Vivo, y me amenaza una
eternidad.

LA ENCANTADORA.

Quizas yo podré aliviar tus males.

MANFREDO.

Seria necesario llamar los muertos
á la vida ó hacerme bajar entre
ellos á la sepultura. Ensayo el reanimar
sus cenizas y hacerlos aparecer
bajo una forma cualquiera y á
cualquier hora que sea; corta el
hilo de mis dias, y sea cual fuere el
dolor que acompañe mi agonía, no
importa, á lo menos será el último.

LA ENCANTADORA.

Ni una cosa ni otra estan en mi
arbitrio, pero si tú quieres jurar
una ciega obediencia á mis voluntades
y someterte á mis órdenes, podré
serte útil en el cumplimiento de
tus deseos.

MANFREDO.

¡Yo jurar! ¡yo obedecer! ¿y á
quién? á los espíritus que domino.
¡Yo venir á ser el esclavo de los que
me reconocen por su señor!... ¡Jamás!

LA ENCANTADORA.

¿Es esta toda tu respuesta? ¿no

tienes otra mas dulce? ¡Piensa bien en ello antes de negarte á lo que te propongo!

MANFREDO.

He dicho no.

LA ENCANTADORA.

Puedo pues retirarme; habla.

MANFREDO.

Retírate.

[La Encantadora desaparece.]

MANFREDO _solo_.

Somos la víctima del tiempo y de nuestros terrores; cada dia se nos presentan nuevas penas; vivimos sin embargo maldiciendo la vida y temiendo la muerte. Gimiendo bajo el yugo que nos oprime, y cargado con el peso de la vida, nuestro corazon no late sino en las ocasiones que experimentamos alguna contrariedad, ó algun goce péfido que finaliza por crueles angustias y por la estenuacion y la debilidad. ¿En el número de nuestros dias pasados y por venir (porque lo presente no existe en la vida) no hay algunos, no hay uno solo en el que el alma no deje de desear la muerte, y no obstante de huirla, como un rio helado por el invierno cuya fria impresion bastaria el arrostrarla un momento?

Mi ciencia me ofrece todavía algun recurso. Puedo invocar los muertos y preguntarles cuál es el objeto de nuestros terrores. La nada de los sepulcros quizas me responderán... ¿Y si no responden?... ¡El profeta sepultado respondió á la encantadora

de Endor! y el rey de
Esparta supo su destino futuro por
las sombras de la vírgen de Bizancio.
Había quitado la vida á la que
amaba sin conocer que era su víctima,
y murió sin obtener perdon.
Fue en vano que invocase á Júpiter,
y que por la voz de los mágicos de
la Arcadia suplicase á la sombra
irritada el ceder ó á lo menos el fijar
un término á su venganza. Obtuvo
una respuesta oscura, pero que fue
demasiado cierta[3].

Si yo no hubiese vivido nunca,
lo que amo viviría todavía; si no
hubiera amado nunca, lo que amo
aun conservaría la hermosura, la
felicidad y el don de poder hacer
dichosos. ¿Qué se ha hecho la víctima
de mis maldades?... Un objeto
en el cual no me atrevo á pensar...
Nada quizás... De aquí á algunas
horas habré salido de mis
dudas... Sin embargo tiemblo al ver
llegar el momento deseado... Hasta
ahora jamás me ha hecho temblar
el acercarse un espíritu bueno ó
uno malo... Me estremezco... Siento
un peso de hielo sobre mi corazón.
Pero puedo atreverme á lo que temo
y desafiar los recelos de la materia.
La noche llega....

[Se va.]

ESCENA III.

[La cumbre del monte Jungfro.]

EL PRIMER DESTINO.

El disco plateado de la luna empieza
á brillar en los cielos. Nunca
el pie de un mortal vulgar ha manchado
las nieves sobre las cuales
andamos durante la noche sin dejar
ninguna huella. Apenas rozamos ligeramente

esta mar de escarchas
que cubre las montañas con sus olas
inmóviles, semejantes á la espuma
de las aguas que el frio ha helado
repentinamente despues de una tempestad;
imágen de un abismo reducido
al silencio de la muerte. Esta
cumbre fantástica, obra de algun
terremoto, y sobre la cual descansan
las nubes de sus viages vagamundos,
está consagrada á nuestros misterios
y á nuestras vigiliass: yo espero en
ella á mis hermanos que deben venir
conmigo al palacio de Ariman;
esta noche se celebra nuestra grande
fiesta... ¿Porqué tardan en venir?

[Una voz canta á lo lejos.]

El usurpador cautivo, precipitado
del trono, sepultado en un
infame reposo, estaba olvidado y
solitario: yo he interrumpido su
sueño, le he dado el socorro de una
multitud de traidores; el tirano
está todavía coronado. Pagará mis
cuidados con la sangre de un millon
de hombres, con la ruina de una
nacion, y yo le abandonaré de
nuevo á la huida y á la desesperacion.

[Una segunda voz.]

Un navío bogaba rápidamente sobre
las aguas, impulsado por los
vientos propicios: he rasgado todas
sus velas y roto todos sus masteleros,
no ha quedado ni una sola tabla de
esta ciudad flotante; no ha sobrevivido
un solo hombre para llorar su
naufragio... Me engaño, hay uno
que yo mismo he sostenido sobre
las aguas por un mechon de sus cabellos ...
era un sugeto muy digno
de mis cuidados, un traidor en la
tierra y un pirata en el Océano. Sabrá
reconocer mis bondades por
medio de nuevos crímenes.

EL PRIMER DESTINO.

[Respondiendo á sus hermanos.]

Una ciudad floreciente está sumergida
en el sueño, la aurora
alumbrará su desolacion: la horrible
peste ha caido de repente sobre
los habitantes durante su descanso.
Perecerán á millares. Los vivos huirán
de los moribundos que deberian
consolar; pero nada podrá defenderlos
de los tiros crueles de la
muerte. El dolor y la desesperacion,
la enfermedad y el terror envuelven
á toda una nación. ¡Dichosos los
muertos de no ser testigos del espantoso
espectáculo de tantos males!
La ruina de todo un pueblo es para
mí la obra de una noche; la he verificado
en todos los siglos, y no
será todavía la última vez.

[Llegan el segundo y el tercer Destino.]

LOS TRES DESTINOS JUNTOS.

Nuestras manos encierran los corazones
de los hombres, sus sepulcros
nos sirven de tarima. No damos
la vida á nuestros esclavos sino para
volvêrsela á quitar.

EL PRIMER DESTINO.

Salud, hermanos míos. ¿En dónde
está Nemesis?

EL SEGUNDO DESTINO.

Prepara sin duda alguna grande
obra, pero lo ignoro porque me
encuentro demasiado ocupado.

EL TERCER DESTINO.

Vedle aquí.

EL PRIMER DESTINO.

¿De adónde vienes Nemesis? tú

y mis hermanos habeis tardado mucho
esta noche.

NEMESIS.

Estaba ocupada en levantar los
tronos abatidos, en componer himnos
funestos, en volver la corona á
los reyes desterrados, en vengar á
los hombres de sus enemigos á fin
de hacerlos arrepentir de sus venganzas.
He castigado con la locura
á los que estaban detenidos por sabios,
los gefes inhábiles han sido
proclamados por mí, dignos de gobernar
el mundo ... los mortales
empezaban á disgustarse de los tiranos,
se atrevían á pensar por sí
mismos, á poner los reyes en equilibrio,
y á hablar de la libertad,
que para ellos es el fruto vedado...
Pero está tarde ... montemos en nuestras
nubes.

[Desaparecen.]

ESCENA IV.

[El palacio de Ariman.--Ariman está sobre un globo de
fuego que le sirve de trono, rodeado por los Espíritus.]

HIMNO DE LOS ESPÍRITUS.

¡Salud á nuestro monarca! al
príncipe de la tierra y de los aires,
que vuela sobre las nubes y sobre
las aguas. En su mano se halla el
cetro de los elementos, quienes, á sus
órdenes, se confunden como el tiempo
del caos. Sopla, y una tempestad
alborota los mares; habla, y las
nubes le responden por la voz de
los truenos; mira, y los rayos del
día desaparecen, anda, los terremotos
conmueven el mundo. Los
volcanes se forman bajo sus pasos.
Su sombra es la verdadera peste; los

cometas le preceden en los ardientes senderos de los cielos, y se reducen á cenizas al menor de sus deseos. La guerra le ofrece sus sacrificios, la muerte le paga su tributo; la vida de los hombres y sus innumerables dolores le pertenecen: es el alma de todo lo que existe.

[Entrada de los Destinos y de Nemesis.]

EL PRIMER DESTINO.

Gloria al grande Ariman. Su poder se extiende cada día mas sobre la tierra: mis dos hermanos han ejecutado fielmente sus órdenes, y yo no he descuidado mi deber.

EL SEGUNDO DESTINO.

Gloria al grande Ariman, nosotros doblamos la rodilla á su presencia, nosotros, que pisamos las cabezas de los hombres.

EL TERCER DESTINO.

Gloria al grande Ariman; nosotros esperamos la señal de su voluntad.

NEMESIS.

Rey de los reyes, nosotros somos tus vasallos, y todos los seres que tienen vida lo son nuestros. Aumentar nuestro poder seria aumentar el tuyo; no olvidamos nada para conseguirlo. Tus últimas órdenes quedan fielmente ejecutadas.

[Entra Manfredo.]

UN ESPÍRITU.

¿Quién es este audaz? ¡un mortal!
¡temeraria criatura, pon la rodilla en tierra y adora!

SEGUNDO ESPÍRITU.

Este hombre no me es desconocido,
es un poderoso mágico cuya
ciencia es temible.

TERCER ESPÍRITU.

Arrodíllate y adora á Ariman, vil
esclavo, ¿no reconoces á nuestro
señor y al tuyo? Tiembla y obedece.

TODOS LOS ESPÍRITUS.

Arrodíllate, hijo del polvo vil, y
teme nuestra venganza.

MANFREDO.

Conozco vuestro poder, y sin embargo
ya veis que no obedezco.

UN CUARTO ESPÍRITU.

Nosotros te enseñaremos á humillarte.

MANFREDO.

No tengo necesidad de aprenderlo.
¡Cuántas noches tendido sobre
la árida arena y con la cabeza
cubierta de ceniza, me he prosternado
poniendo mi cara sobre la tierra!
He caído en la última de las humillaciones;
porque me he sometido
á mi vana desesperacion y á mi propia
miseria.

QUINTO ESPÍRITU.

¿Te atreves á negar al grande
Ariman hallándose sobre su trono,
lo que le concede toda la tierra, sin
haber visto el terror de su gran poder?
Prostérnate te digo.

MANFREDO.

Que Ariman se prosterne delante
del que es superior á él, delante del
Eterno é Infinito, delante del soberano
Criador, que no le ha destinado
á que se le dé adoracion; que
él se arrodille, y yo lo ejecutaré
igualmente.

LOS ESPÍRITUS.

Confundamos á este gusanillo;
aniquilémosle.

EL PRIMER DESTINO.

Retiraos; este hombre es mio.
Príncipe de las divinidades invisibles,
este hombre no es de una naturaleza
comun, como lo atestiguan
su aspecto y el encontrarse en estos
lugares. Sus sufrimientos han sido
de una naturaleza inmortal como la
nuestra. Su ciencia, su poder y su
ambicion, tanto como lo ha podido
permitir su exterior grosero que encierra
una esencia etérea, le han elevado
sobre todas las criaturas formadas
de un barro impuro. No ha
aprendido en los secretos que ha
querido penetrar sino lo que conocemos
todos nosotros, esto es, que
la ciencia no es una felicidad y que
no conduce sino á otra especie de
ignorancia. Pero no es esto todo...
Las pasiones, atributos de la tierra
y del cielo, y de las cuales ningun
poder, ningun ser está esento, desde
el gusano hasta las sustancias celestes,
las pasiones han devorado y han
hecho de él un objeto tan miserable,
que yo, que no puedo experimentar
la piedad, perdono á los que la sienten
en su favor. Este hombre es
mio, y tambien puede ser tuyo todavía;
pero en estas regiones ningun
espíritu tiene un alma como la
suya, y no puede tener el derecho

de mandarle.

NEMESIS.

¿Qué viene á buscar aquí?

EL PRIMER DESTINO.

Él es quien debe responder.

MANFREDO.

Vosotros sabéis hasta donde llegan
mis conocimientos mágicos, y
sin un poder sobrenatural no hubiera
podido hallarme aquí; pero
aun hay poderes superiores, y vengo
á preguntar sobre lo que busco.

NEMESIS.

¿Qué pides?

MANFREDO.

Tú no puedes responderme: llama
á los muertos; á ellos se dirigirán
mis preguntas.

NEMESIS.

Gran Ariman, ¿permites que se
satisfagan los deseos de este mortal?

ARIMAN.

Sí.

NEMESIS.

¿A quién quieres sacar del sepulcro?

MANFREDO.

A un muerto que estuvo privado
de sepultura: llama á Astarte.

NEMESIS.

Sombra ó espíritu, sea lo que
seas, que conservas todavía una parte
de tu primera forma, ó tu forma
entera, sal de la tierra y vuelve á
ver el día. Vuelve con las mismas
facciones, el mismo aspecto y el mismo
corazon, huye de los gusanos de
la tumba y vuelve á aparecer en estos
lugares: el que puso un término
á tus dias es quien te llama.

[La sombra de Astarte comparece en medio de los
Espíritus.]

MANFREDO.

¿Es la muerte la que veo? aun
brillan los colores en sus mejillas;
pero reconozco demasiado que no
son colores vivientes. El encarnado
no es natural, se parece al que produce
el otoño sobre las hojas marchitas.
Ella es ciertamente, ¡o cielo!
y yo ¡tiemblo al mirarla, al mirar
Astarte! No, no puedo hablarle,
pero quiero que ella hable, que me
condene ó me perdone.

NEMESIS.

Por el poder que te ha hecho salir
de la sepultura que te servia de
prision, habla al que acabas de oir,
ó á aquellos que te han invocado.

MANFREDO.

Guarda silencio; y para mí es una
respuesta cruel.

NEMESIS.

Mi poder no va mas lejos. Príncipe

del aire, tú solo puedes ordenarle
el hacer oír su voz.

ARIMAN.

Espíritu obedece á este espectro.

NEMESIS.

¡Todavía calla! no está pues bajo
nuestro imperio, pero pertenece á
otros poderes. Mortal, tu pregunta
es excusada, y nosotros estamos confusos
igualmente que tú.

MANFREDO.

¡Escúchame! ¡Astarte, mi querida,
óyeme y dignate hablarme!
He sufrido tanto, sufro todavía tan
cruelmente ¡mírame! ¡la muerte no
te ha cambiado tanto, como yo debo
parecerlo á tu vista! tú me amaste demasiado
tiernamente y mi amor era
digno del tuyo. No hemos nacido para
atormentarnos uno y otro de este
modo por culpable que haya sido
nuestro amor. Dime que no me detestas,
que yo solo sea castigado por
los dos, que tú serás recibida en el
número de los bienaventurados y que
yo debo morir. Porque hasta ahora
todo lo que hay de mas odioso conspira
á encadenarme con la existencia,
á una existencia que me hace
ver con terror la inmortalidad, y
un porvenir semejante á lo pasado.
No puedo encontrar ningun descanso.
Ignoro yo mismo lo que deseo
y lo que busco, y no siento sino
lo que tú eres y lo que soy. Quisiera
oír tu voz todavía una vez antes de
morir, la voz que para mi oído era
la mas dulce melodía. Respóndeme,
¡o querida mia! te he llamado en
las sombras de la noche; he asustado
á los pájaros dormidos bajo las
hojas silenciosas, he despertado al
lobo en las montañas, y he hecho
conocer tu nombre á los ecos de las

cavernas mas sombrías. El eco me ha respondido, los espíritus y los hombres tambien me han respondido, tú sola has permanecido muda. He visto sucederse el giro de las estrellas en la bóveda celeste; he dirigido mi vista hácia ellas para ver si podía descubrirte; he recorrido la tierra para ver si encontraba alguna cosa que se te pareciese: dígnete de hablarme finalmente; mira á esos espíritus que nos rodean que se enternecen al oír mis quejas; yo los miro sin terror y solo lo tengo por tí; dígnete de hablarme aunque no sea sino para manifestar tu enojo; dime á lo menos... Yo no sé lo que deseo; pero déjame todavía oír tu voz por la última vez.

LA SOMBRA DE ASTARTE.

¡Manfredo!

MANFREDO.

¡Ah! prosigue por favor: esta voz me reanima; es la tuya seguramente.

LA SOMBRA.

¡Manfredo! mañana se acabarán tus dolores terrestres. ¡A Dios!

MANFREDO.

Todavía una palabra ¡una sola palabra! ¿estoy perdonado?

LA SOMBRA.

¡A Dios!

MANFREDO.

¿No nos veremos mas?

LA SOMBRA.

¡A Dios!

MANFREDO.

¡Ah! por compasión, todavía
una palabra; dime si me amas.

LA SOMBRA.

¡Manfredo!

[Desaparece.]

NEMESIS.

Se ha ido y no volverá á aparecer:
sus palabras se cumplirán;
vuélvete á la tierra.

UN ESPÍRITU.

Se encuentra en las convulsiones
de la desesperación; ved los mortales:
quieren penetrar los secretos
que son superiores á su naturaleza.

OTRO ESPÍRITU.

¡Pero ved como se domina á sí
mismo, y como somete sus tormentos
á su voluntad! si hubiese sido un
espíritu como nosotros hubiera sobrepujado
á todas las otras inteligencias
celestes.

NEMESIS.

¿Tienes todavía que hacer alguna
pregunta á nuestro augusto
monarca ó á sus vasallos?

MANFREDO.

Ninguna.

NEMESIS.

A Dios hasta la vista.

MANFREDO.

¿Nosotros volveremos pues á vernos?
¿Pero en dónde, sobre la tierra?
No importa; adonde tú quieras.
A Dios, te doy gracias por el
favor que acabas de concederme.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III, ESCENA PRIMERA.

[Una habitacion del castillo de Manfredo.]

MANFREDO Y HERMAN.

MANFREDO.

¿Se acabará bien pronto el dia?

HERMAN.

Todavía falta una hora, y el sol
va á ocultarse; todo nos anuncia
una hermosa noche.

MANFREDO.

¿Lo has dispuesto todo en la
torre, segun lo he ordenado?

HERMAN.

Todo está pronto, señor, ved la llave y la arquilla.

MANFREDO.

Está bien, puedes retirarte.

[Herman se va.]

MANFREDO _solo_.

Esperimento una calma y una tranquilidad que no había conocido en mi vida. Si yo no supiese que la filosofía es la más loca de nuestras vanidades, y la palabra más vacía de sentido entre todas las inventadas en la jerga de nuestras escuelas, creería que el secreto del oro, es decir la piedra filosofal tan buscada, se hallaba finalmente en mi alma. Éste estado tan lisonjero no puede ser durable, pero ya es mucho el haberlo conocido aunque haya sido una sola vez. Ha enriquecido mis ideas con un nuevo sentido; y quiero escribir en mi libro de memoria que existe este sentimiento... ¿Quién está ahí?

[Herman vuelve á entrar.]

HERMAN.

Señor, el abad de San Mauricio pide permiso para hablaros.

[Entra el Abad.]

EL ABAD.

Que la paz sea con el conde Manfredo.

MANFREDO.

Mil gracias, padre mio: que seais bien venido en este castillo, vuestra presencia me honra y es una bendición

para los que le habitan.

EL ABAD.

Lo deseo conde, pero quisiera
hablaros sin testigos.

MANFREDO.

Herman, retírate. ¿Qué es lo que
me quiere mi respetable huésped?

EL ABAD.

Quiero hablar sin rodeos: mis
canas y mi celo, mi ministerio y mis
piadosas intenciones me servirán de
disculpa: también invoco mi calidad
de vecino, aunque nos visitemos
muy rara vez.

Varias voces estrañas y escandalosas
ultrajan vuestro nombre; un
nombre ilustre hace muchos siglos.
¡Ah! ¡ojalá que pueda trasmitirse
sin mancha á vuestros descendientes!

MANFREDO.

Proseguid, os escucho.

EL ABAD.

Se dice que estudiáis secretos
que no están permitidos á la curiosidad
del hombre, y que os habeis
puesto en comunicacion con los habitantes
de las oscuras moradas,
y con la multitud de espíritus malignos
que se hallan errantes en el
valle al que da sombra el árbol de
la muerte. Sé que vivis muy retirado
y que tratais muy rara vez con los
hombres vuestros semejantes; sé que
vuestra soledad es tan severa como
la de un prudente anacoreta; ¡y
que no es tan santa!

MANFREDO.

¿Y quiénes son los que estienden
estas voces?

EL ABAD.

Mis hermanos en Dios, los paisanos
asustados, vuestros propios vasallos
que observan vuestra inquietud.
Vuestra vida corre el mayor
peligro.

MANFREDO.

¿Mi vida? yo os la abandono.

EL ABAD.

Yo he venido para procurar vuestra
salvacion y no vuestra pérdida...
No quisiera penetrar los secretos de
vuestra alma; pero si lo que se dice
es cierto, todavía es tiempo de hacer
penitencia y de impetrar misericordia;
reconciliaos con la verdadera
iglesia, y esta os reconciliará
con el cielo.

MANFREDO.

Os entiendo; ved mi respuesta.
Lo que fuí y lo que soy no lo conocen
sino el cielo y yo. No escogeré
un mortal por mediador ¿he quebrantado
algunas leyes? que se
pruebe y se me castigue.

EL ABAD.

Hijo mio, yo no he hablado de
castigo y sí de perdón y de penitencia:
vos sois quien debe escoger;
nuestros dogmas y nuestra fe me
han dado el poder de dirigir á los
pecadores por la senda de la esperanza
y de la virtud, y dejo al cielo

el derecho de castigar: «La venganza pertenece á mí solo,» ha dicho el Señor, y es con humildad como su siervo repite estas augustas palabras.

MANFREDO.

Anciano, ninguna cosa puede arrancar del corazon el vivo sentimiento de sus crímenes, de sus penas, y del castigo que se inflige á sí mismo: nada: ni la piedad de los ministros del cielo, ni las oraciones, ni la penitencia, ni un semblante contrito, ni el ayuno, ni las zozobras, ni los tormentos de aquella desesperacion profunda que nos persigue por medio de los remordimientos sin amedrantarnos con el infierno, pero que él solo bastaria para hacer un infierno del cielo. No hay ningun tormento venidero que pueda ejercer semejante justicia sobre aquel que se condena y se castiga á sí mismo.

EL ABAD.

Estos sentimientos son laudables, porque algun día harán lugar á una esperanza mas dulce. Vos os atreveréis á mirar con una tierna confianza la dichosa morada que está abierta á todos aquellos que la buscan, cualesquiera que hayan sido sus yerros sobre la tierra; pero para espíarlos es preciso empezar por conocer la necesidad de ejecutarlo. Proseguid conde Manfredo ... todo lo que nuestra fe podrá saber se os enseñará y quedareis lavado de todo lo que pudiesemos absolveros.

MANFREDO

Cuando el sexto emperador de Roma vió llegar su última hora, víctima de una herida que se habia hecho con su propia mano á fin de evitar la vergüenza del suplicio que

le preparaba un senado que antes
era su esclavo un soldado conmovido
en apariencia de una generosa
piedad, quiso estancar con su vestido
la sangre del emperador: el
Romano espirando no lo permite y
le dice con una mirada que manifestaba
todavía su antiguo poder: ¡Es
demasiado tarde! ¿es esta tu fidelidad?

EL ABAD.

¿Qué quereis decir con esto?

MANFREDO.

Respondo como él, es demasiado
tarde.

EL ABAD.

Jamas puede serlo para reconciliaros
con vuestra alma, y para reconciliarla
con Dios. ¿No teneis ya
esperanza? Estoy admirado: aquellos
que desesperan del cielo se
crean sobre la tierra alguna fantasma
que es para ellos como la débil
rama á la que se agarra un desgraciado
que se está ahogando.

MANFREDO.

¡Ah! padre mio; ¡yo tambien en
mi juventud he tenido ilusiones terrestres
y nobles inspiraciones! entonces
hubiera querido conquistar
los corazones de los hombres é instruir
á todo un pueblo; hubiera
querido elevarme, pero no sabia
hasta qué altura ... quizas para volver
á caer; pero para caer como la
catarata de las montañas, que precipitada
desde la cumbre orgullosa
de las rocas, acumula una onda subterránea
en las profundidades de un
abismo; pero temible todavía, vuelve
á subir sin cesar hasta los cielos
en columnas de vapores que se transforman

en nubes lluviosas. Este
tiempo pasó; mis pensamientos se
han engañado á sí mismos.

EL ABAD.

¿Y porqué?

MANFREDO.

No podia humillar mi orgullo,
porque para poder mandar algun
día, es necesario primero obedecer,
lisonjear y pedir, espiar las ocasiones,
multiplicarse á fin de encontrarse
en todas partes, y hacerse una costumbre
de ocultar la verdad; ved
como se consigue el dominar los espíritus
cobardes y bajos, y asi son los
de los hombres en general. Desprecié
el hacer parte de una camada
de lobos aunque hubiera sido para
guiarlos. El leon está solo en el bosque
que habita; yo estoy solo como
el leon.

EL ABAD.

¿Y porqué no vivir y obrar como
los demas hombres?

MANFREDO.

Sin haber nacido cruel, mi corazon
no amaba las criaturas vivientes,
hubiera querido encontrar una
horrible soledad, pero no formármela
yo mismo; queria ser como el
salvage _Simoun_ que solo habita el
desierto, y cuyo soplo devorador
no trastorna sino una mar de áridas
arenas en donde su furor no es funesto
á ningun arbolillo: no busca la
morada de los hombres, pero es muy
terrible para los que vienen á arrostrarlo.
Tal ha sido el curso de mi
vida, y mientras he vivido he encontrado
objetos que ya no existen.

EL ABAD.

Empiezo á temer que mi piedad
y mi ministerio no pueden seros útiles.
Tan jóven todavia ... me cuesta
mucho el....

MANFREDO.

Miradme, hay algunos mortales
en la tierra que se hacen viejos en
su juventud y que mueren antes de
haber llegado el verano de su vida,
sin que hayan buscado la muerte en
los combates. Unos son víctimas de
los placeres, otros del estudio, estos
á causa del trabajo y aquellos por el
fastidio. Hay algunos que perecen
de enfermedad, de demencia, ó en
fin de penas del corazon, y esta última
enfermedad, ofreciéndose bajo
todas las formas y bajo todos los
nombres, hace mas estragos que la
guerra. Miradme; porque no hay
ninguno de estos males que yo no
haya sufrido, y uno solo basta para
terminar la vida de un hombre. No
os admireis ya de lo que soy, pero
si sorprendeos de que haya existido
y de que esté todavía sobre la
tierra.

EL ABAD.

Dignaos sin embargo escucharme....

MANFREDO [_con viveza_.]

Anciano, respeto tu ministerio y
reverencio tus canas; creo que tus
intenciones son piadosas; pero es
en vano. No me supongais una fácil
credulidad, y solo por la consideracion
que os tengo, evito una conversacion
mas larga. A Dios.

[Manfredo se va.]

EL ABAD.

Este hombre hubiera podido ser una criatura admirable; y tal como es, presenta un caos que sorprende. Una mezcla de luz y de tinieblas, de grandeza y de polvo, de pasiones y de pensamientos generosos, que en su confusión y en sus desórdenes, quedan en la inacción ó amenazan el destruirlo todo. La energía de su corazón era digna de animar elementos mejor combinados: va á perecer y quisiera salvarle. Hagamos una segunda tentativa; un alma como la suya merece muy bien el ganarla para el cielo. Mi deber me ordena el atreverme á todo para conseguir el bien; lo seguiré, pero será con prudencia.

[El Abad se va.]

ESCENA II.

[Otra habitacion.]

MANFREDO Y HERMAN.

HERMAN.

Señor, vos me habeis ordenado el venir á encontraros al ponerse el sol; vedle que va á eclipsarse detras de la montaña.

MANFREDO.

¡Bien! quiero contemplarle.

[Manfredo se adelanta hacia la ventana del cuarto.]

Astro glorioso, adorado en la infancia del mundo por la raza de hombres robustos, por los gigantes nacidos de los ángeles con un sexo

que, mas hermoso que ellos mismos,
hizo caer en el pecado á los espíritus
escarriados, desterrados del cielo
para siempre[4]; astro glorioso, tú
fuiste adorado como el dios del
mundo, antes que el misterio de la
creacion fuese revelado; obra maestra
del Todopoderoso, tú fuiste el
primero que regocijastes el corazon
de los pastores caldeos sobre la cumbre
de sus montañas, y el reconocimiento
les inspiró bien pronto los
homenajes que te dirigieron; divinidad
material, tú eres la imágen
del gran desconocido que te ha escogido
para que seas su sombra; rey
de los astros, y centro de mil constelaciones,
á tí es á quien la tierra
debe su conservacion; padre de las
estaciones, rey de los climas y de los
hombres: las inspiraciones de nuestros
corazones, y las facciones de
nuestros rostros son la influencia de
tus rayos. No hay ninguna cosa que
iguale la pompa de tu salida, de tu
curso y de tu puesta... A Dios, ya no
te volveré á ver; mi primera mirada
de amor y de admiracion fue para
tí; recibe tambien la última: nunca
alumbrarás á un mortal, á quien el
don de tu luz y tu calor suave
hayan sido mas fatales que á mí...
Se ha ocultado ... quiero seguirle.

[Manfredo se va.]

ESCENA III.

[Por una parte se ven las montañas y por la otra el
castillo de Manfredo y una torre con una azotea. Empieza
la noche.]

HERMAN, MANUEL _y otros criados de
Manfredo_.

HERMAN.

Es bien extraño que despues de muchos años, el conde Manfredo haya pasado todas las noches en velar sin testigos dentro de esta torre. Yo he entrado en ella, no conocemos todo el interior, pero ninguna cosa de las que encierra ha podido instruirnos de lo que hace nuestro amo. Es cierto que hay un cuarto en el que ninguno de nosotros ha entrado; yo daria todo lo que tengo para sorprenderle cuando se encuentra ocupado en sus misterios.

MANUEL.

Esto no podria ser sin peligro; conténtate con lo que sabes.

HERMAN.

¡Ah! Manuel, tú eres sabio y discreto como un viejo; pero tú podrias decirnos muchas cosas. ¿Cuánto tiempo hace que habitas este castillo?

MANUEL.

He visto nacer al conde Manfredo; entonces ya servia á su padre, al que se parece muy poco.

HERMAN.

Lo mismo puede decirse de muchos hijos; ¿pero en qué se diferenciaba del suyo el conde Segismundo?

MANUEL.

No hablo de las facciones, pero sí del corazon y del género de vida. El conde Segismundo era arrogante, pero alegre y franco: gustaba de la guerra y de la mesa, y era poco aficionado á los libros y á la soledad, no ocupaba las noches en sombríos desvelos; las suyas estaban consagradas

á los festines y á las diversiones.
No se le veía ir errante por
las montañas ó por los bosques, como
un lobo silvestre, no huía de los
hombres ni de sus placeres.

HERMAN.

¡Por vida mia! ¡vivan estos tiempos
dichosos! ¡Quisiera ver á la alegría
que viniese á visitar de nuevo
estas antiguas murallas! Parece que
las ha olvidado del todo.

MANUEL.

Era necesario primeramente que
el castillo cambiase de señor. ¡Oh!
¡he visto aquí cosas tan estrañas,
Herman!

HERMAN.

¡Y bien! dígname de hacer confianza
de mí; cuéntame algunas cosas
para pasar el rato: te he oído hablar
vagamente sobre lo que sucedió
en otros tiempos en esta misma
torre.

MANUEL.

Me acuerdo que una tarde á la
hora del crepúsculo, una tarde semejante
á esta, la nube rojiza que
corona la cima del monte Eigher
estaba en el mismo parage, y quizás
era la misma nube, el viento era
flojo y tempestuoso, la luna empezaba
á lucir sobre el manto de nieve
que cubre las montañas; el conde
Manfredo estaba como ahora en su
torre: ¿qué hacía allí? lo ignoramos;
pero estaba con él la sola compañera
de sus paseos solitarios y de sus
desvelos, el único ser viviente á
quien manifestaba amar; los lazos
de la sangre se lo ordenaban, es
cierto; era su querida Astarte; era

su... ¿Quién está, ahí?

[Entra el Abad de San Mauricio.]

EL ABAD.

¿En donde está vuestro amo?

HERMAN.

Está en la torre.

EL ABAD

Es preciso que yo le hable.

MANUEL

Es imposible, está solo, y nos está prohibido el introducir á nadie.

EL ABAD.

Yo lo tomo sobre mí ... es preciso que yo le vea.

HERMAN.

¿No le habeis ya visto esta tarde?

EL ABAD.

Herman, yo te lo ordeno, ves á llamar á la puerta y á prevenir al conde acerca de mi visita.

HERMAN.

Nosotros no nos atrevemos.

EL ABAD.

¡Y bien! yo mismo iré á anunciarme.

MANUEL.

Mi respetable padre, deteneos, os lo suplico.

EL ABAD.

¿Porqué?

MANUEL.

Esperad un momento, y yo me explicaré en otro parage.

[Se van.]

ESCENA IV.

[El interior de la torre.]

MANFREDO _solo_.

Las estrellas se ponen en órden en el firmamento; la luna se manifiesta sobre la cumbre de las montañas coronadas de nieve: ¡admirable espectáculo! conozco que amo todavía á la naturaleza, porque el aspecto de la noche me es mas familiar que el de los hombres, y es en sus tinieblas silenciosas y solitarias, bajo la bóveda estrellada de los cielos, en donde he aprendido el idioma de otro universo.

Me acuerdo que cuando viajaba en tiempo de mi juventud, me encontré en una noche semejante en el recinto del Coliseo en medio de todo lo que nos queda de mas grande de la ciudad de Rómulo. Un viso sombrío oscurecia el ramage de los árboles que crecen sobre los arcos arruinados, y las estrellas brillaban al traves de las grietas que presentaban

aquellas ruinas. A lo lejos los ladridos de los perros resonaban en la otra márgen del Tiber; mas cerca de mí, el grito lúgubre de los buhos salía del palacio de César, y el viento me traía los sonidos moribundos del canto nocturno de las centinelas. Por la parte de la brecha, que el tiempo ha abierto al circo, parecía que los cipreses adornaban el horizonte y solo estaban á la distancia de un tiro; en estos mismos lugares, que fueron la morada de los Césares, y que en el dia estan habitados por los pájaros nocturnos que hacen oír sus cantos aciagos, se elevan sobre las murallas demolidas los árboles cuyas raices se entrelazan bajo el domicilio imperial, y la hiedra rastrera se apodera del terreno destinado á criar el laurel; pero el circo sangriento de los gladiadores, ruina noble é imponente, está todavía de pie, mientras que los palacios de mármol de César y de Augusto no presentan sobre la tierra sino escombros ignorados. Tú alumbrabas con tus rayos á la antigua reina del mundo, astro pacífico de las noches, tú dejabas caer una luz pálida y melancólica que suavizaba el aspecto austero y doloroso de sus antiguos escombros, y llenaba en algun modo el vacío de los siglos. Todo lo que subsiste todavía de hermoso y de grande recibia de tí un nuevo esplendor, y lo que ya no existe parecia que habia vuelto á tomar su antigua brillantez; en estos lugares todo inspiró mi entusiasmo, y mi corazon conmovido adoró silenciosamente á los grandes hombres de otros tiempos. Creí ver á todos los héroes que ya han pasado y á todos los soberanos coronados que todavía gobiernan nuestras almas desde el fondo de sus sepulcros....

Era una noche semejante á esta.
¡Es una cosa particular que me la recuerde en este momento! pero he experimentado muchas veces que nuestros pensamientos se nos escapan

y se pierden lejos de nosotros,
en el momento en que quisieramos
concentrarlos en una meditacion
solitaria.

[Entra el Abad de San Mauricio.]

EL ABAD.

Debo pedirlos perdon de esta segunda
visita; pero dignaos no mirar
como una ofensa la indiscreta importunidad
de mi celo. ¡Recibo con
gusto contra mí lo que tiene de culpable,
y que lo que tenga de bueno
pueda ilustrar vuestro espíritu! ¡qué
no pueda yo decir vuestro corazon!
Si consiguiese ablandarlo por medio
de mis exhortaciones y de mis oraciones,
pondría en el buen camino
á un corazon noble que se encuentra
escarriado, pero que todavía no está
perdido.

MANFREDO.

Tú no me conoces. Mis dias estan
ya contados, y mis acciones
estan escritas en el libro del cielo.
Retírate, tu permanencia aquí te
seria perjudicial; retírate.

EL ABAD.

¿Es una amenaza la que me anunciáis?

MANFREDO.

No, te advierto sencillamente que
hay peligro para tí, y yo quisiera
preservarte de él.

EL ABAD.

¿Qué quereis decir?

MANFREDO.

Mira, ¿no ves nada?

EL ABAD.

Nada.

MANFREDO.

Mira bien, te digo y sin temblar.
¿Qué ves ahora?

EL ABAD.

Veo lo que es muy capaz de hacerme
temblar, pero no temo nada,
veo un espectro sombrío y terrible
que sale de la tierra como una divinidad
infernol. Su frente está cubierta
con un velo negro, y su cuerpo
parece que se halla rodeado de
nubes aciagas; pero yo no le temo.

MANFREDO.

Tú no tienes que temer, es cierto;
pero su aspecto puede paralizar tus
miembros cargados de años. Lo repito,
retírate.

EL ABAD.

Y yo repito que no me retiraré
sin que haya hecho desaparecer este
espectro... ¿Qué hace aquí?

MANFREDO.

Lo ignoro: no le he llamado, él
ha venido por su voluntad.

EL ABAD.

¡Ay! hombre perdido! ¿qué
teneis que tratar con semejantes
huéspedes? tiemblo por vos, ¿porqué

os mira fijamente y vos á él?
¡Ah! vedle que descubre su rostro,
las cicatrices del rayo vengador estan
grabadas sobre su frente, y en
sus ojos brilla la inmortalidad del
infierno. ¡Lejos de aquí!...

MANFREDO [_al Espíritu_].

¿Cuál es tu mision?

EL ESPÍRITU.

Ven.

EL ABAD

¿Quién eres, espíritu desconocido?
habla, responde.

EL ESPÍRITU.

El genio de este hombre. [_A Manfredo_.]
Ven, ya es tiempo.

MANFREDO.

Estoy pronto á todo, pero no reconozco
el poder que me llama,
¿quién te envia aquí?

EL espíritu.

Tú lo sabrás después. ¡Ven! ¡ven!

MANFREDO.

He mandado á seres de una esencia
superior á la tuya, he resistido
á sus superiores: aléjate de estos lugares.

EL ESPÍRITU.

¡Mortal! tu hora ha llegado. Ven
te digo.

MANFREDO.

Ya sé que mi hora ha llegado,
pero no será á un ser tal como tú á
quien entregaré mi alma.

EL ESPÍRITU.

¿Llamaré pues á mis hermanos?...
Apareced.

[Aparecen los otros Espíritus.]

EL ABAD.

Alejaos, espíritus malignos, huid
os digo; vosotros no teneis poder en
los parages en donde se encuentra
la piedad. Huid, os lo ordeno en
nombre de....

EL ESPÍRITU.

Anciano, nosotros conocemos
nuestra mision y tu ministerio, no
pierdas tus palabras sagradas; serian
inútiles. Este hombre está condenado,
y por la última vez le intimo
que venga.

MANFREDO.

Yo os desafio á todos; aunque
sienta que mi alma se me ausenta,
os desafio á todos. No os seguiré
mientras que me quede un soplo de
vida para luchar aunque sea con los
demonios: si quereis arrancarme de
aquí no lo conseguireis sino miembro
por miembro.

EL ESPÍRITU.

¡Mortal rebelde! ¿eres tú el mágico
que se atrevió á arrojarse al
mundo invisible y hacerte casi nuestro

igual? ¿eres tú el que quieres
conservar una vida que te ha sido
tan funesta?

MANFREDO.

Espíritu impostor, mientes; sé
que ha llegado la última hora de
mi vida y no quisiera retardarla un
momento. No lucho contra la muerte
y sí contra tí y contra los ángeles de
tu séquito. No fue por medio de un
pacto contigo y con tus compañeros
por lo que adquirí un poder sobrenatural;
fue mi ciencia superior, mis
privaciones, mi audacia, mis dilatados
desvelos, mi fuerza de alma y mi
habilidad en descubrir los secretos
de los tiempos antiguos en los que
se veía á los hombres y á los espíritus
marchar juntamente é ignorar
injustos privilegios. Me encuentro
satisfecho de mis propias fuerzas,
os desafío, y os desprecio.

EL ESPÍRITU.

Tus crímenes te han hecho....

MANFREDO.

¿Qué te importan mis crímenes?
¿Serán castigados por otros crímenes
ó por otros mayores criminales?
Vuelve á sumergirte en el infierno,
yo permanezco aquí; tú no tienes
ningun poder sobre mí, y sé que
nunca me poseerás. Lo que he hecho,
está ya hecho; llevo en mi pecho
un tormento al cual no añadiré
nada el que puedes causarme; un
alma inmortal se recompensa ó se
castiga á sí misma; independiente
de los lugares y de los tiempos, lleva
consigo el origen y el término de
de sus males; una vez despojada de
su cubierta mortal, su sentimiento
interno no presta ningun color á los
vagos objetos que la rodean, pero
se encuentra absorbida en las penas

ó en la dicha que nacen del conocimiento
de sus crímenes ó de sus
virtudes. Tú no has podido tentarme
ni engañarme un momento: ¿porqué
vienes á buscar una presa que
jamás te pertenecerá? Me he perdido
á mí mismo, y seré mi propio verdugo.
(_A todos_) Huid, demonios
impotentes; la mano de la muerte
está sobre mí, pero no la vuestra.

[Los demonios desaparecen.]

EL ABAD.

¡Ay! vuestra frente se pone pálida,
vuestros labios pierden el color,
vuestro corazón está oprimido,
y vuestros acentos salen con un sonido
ronco de vuestro pecho palpitante.
Dirigid vuestras oraciones al
cielo, suplicad á lo menos con el
pensamiento ... pero no os entregéis
á la muerte de este modo.

MANFREDO.

Esto es hecho, mis ojos no pueden
mirarte, todo se mueve á mi
rededor, y la tierra parece que se
hunde bajo mis pasos. A Dios padre
mío; dadme la mano.

EL ABAD.

Está fría ... también lo está su corazón.
Una sola súplica... ¡Ay! ¿qué
es lo que va á sucederle?

MANFREDO.

Anciano, el morir no es difícil.

[Espira.]

EL ABAD.

Ya no existe; su alma ha tomado

vuelo: ¿á dónde irá?... Temo el
pensarlo ... murió[5]....

FIN.

* * * * *

NOTAS DE MANFREDO.

1 ... Es el efecto que producen los rayos del sol sobre la parte interior de los torrentes de los Alpes: ninguna cosa tiene mas semejanza á un arco íris tan inmediato á la tierra que se puede pasear al instante por debajo. Este fenómeno dura hasta el mediodia.

2 ... El filósofo Jamblico. La historia de la invocacion de Eros y de Anteros se encuentra en su vida escrita por Eunopino.

3 ... La historia de Pausanias rey de Esparta, y de Cleonice, nos ha sido trasmitida por Plutarco (vida de Cimon) y por Pausanias el sofísta en su Descripcion de la Grecia.

El rey Pausanias es el que mandaba á los Griegos en la batalla de Platea y que pereció despues, convencido de haber querido hacer traición á los Lacedomonios.

4 ... _Los hijos de Dios_ vieron á las hijas de los hombres y las encontraron hermosas etc.

En aquellos tiempos habia gigantes en la tierra; y cuando los _hijos de Dios_ hubieron conocido á las hijas de los hombres y las hubieron hecho hijos, estos mismos hijos se hicieron hombres poderosos é ilustres según

el siglo.

Génesis, cap. vi, ver. 3 y 4.

5 ...«¡Ay! cuando un día el alma se verá finalmente libre de los lazos odiosos del cuerpo, y no conservará de la vida material sino lo que le queda á una ligera mariposa que acaba de romper su prision de invierno; cuando los elementos se reunirán á los elementos semejantes y que el polvo ya no será sino polvo, ¿no sentiré entonces realmente todo lo que creo ver: los espíritus aéreos, el pensamiento incorpóreo, y el genio de cada parage, cuya inmortal existencia experimento algunas veces?»

(Childe-Harold, canto iii.)

En este pasaje y en otros muchos, lord Byron manifiesta el deseo de comunicar con los espíritus, lo mismo que Manfredo, y de irse lejos del mundo en donde le cuesta mucho trabajo el marchar por el terreno rastrero de los pormenores de la vida. Identificándose tambien con el personaje de Manfredo, el poeta pinta con colores muy vivos, las fuertes agitaciones, las pasiones turbulentas, y la vuelta contemplativa sobre el destino, que nos hacen conocer el fondo de su corazón. La musa de lord Byron ambiciona la gloria de inspirarnos simpatía con una clase de personas con las cuales nos avergonzaríamos de reconocernos la menor conformidad de sentimientos. En despecho de nuestras reclamaciones en favor de los principios de gusto y de moral, el poeta se apodera de nosotros, por decirlo así, con la mano de un genio sombrío, y forzándonos á descender en los secretos pensamientos de nuestro corazón, nos descubre allí, admirándonos de espanto, el germen de las negras ideas á que se abandonan todos sus héroes. Poco le importan las consecuencias morales, con tal que excite las agitaciones casi involuntarias que le hacen dueño de la imaginación de sus lectores.

En Manfredo, lord Byron parece adoptar al principio bajo nombres persas, la creencia de los maniqueos que admiten en el mundo intelectual la oposición poderosa del principio del mal, contrariando sin cesar á la eterna Providencia. Manfredo reconoce sin embargo y fuerza al mismo Ariman á reconocer la supremacía del dios del bien, cuando rehusa el doblar la rodilla y proclama un ser delante del cual deben temblar los genios malignos. Es una grande concesión la que hace aquí lord Byron á la moral religiosa; pues le vemos, muy á menudo armarse de una duda sacrílega, atacar toda revelación venida de

arriba, y hasta lo que nos descubre un sentimiento íntimo, la existencia de un criador.

Se ve fácilmente que el drama de Manfredo no ha sido nunca destinado á la representacion teatral: cuando mas podria confiarse á los actores de la Pan-hipocrisiada de M. Lemercier.

Este drama ofrece numerosas relaciones con el de Faust que analiza madama de Staël con su talento acostumbrado. Vamos á ensayar por medio de algunos extractos de ambas obras el modo de que el lector pueda comparar el espíritu de estas dos piezas extraordinarias.

Primeramente debe notarse que la nobleza y dignidad trágica no cesan nunca de caracterizar el estilo de lord Byron, mientras que Goëthe ha introducido en la escena personajes de la ínfima plebe, que se esplican en el innoble lenguaje de su estado y que parecen no representar su papel, sino para probar que el autor está tan acostumbrado á las conversaciones bajas de los bodegones, como á las maneras elegantes de la corte; pero no puede juzgarse á Goëthe según los principios establecidos, porque ha afectado el escribir contra todas las reglas; «no se puede ir mas lejos en pensamientos atrevidos, y la memoria que queda de este escrito conserva siempre un poco de desvario.» Pero este talento no debe ser muy envidiado ni admirado, porque brilla particularmente á espensas de la moral, del juicio interno y de la religion. Goëthe no trata solamente de destruir todos los consuelos de la vida presente, probando que el hombre está destinado á la miseria desde su nacimiento, sean cuales fueren su rango, su fortuna y su inteligencia, pero procura tambien despojarle de la sola esperanza que le queda cuando se halla en el colmo de la desgracia: la promesa de una felicidad futura. Faust es un hechicero como Manfredo «sus conocimientos profundos no le preservan del fastidio de la vida; ensayó para librarse de él, el hacer un pacto con el diablo y este concluyó con llevarsele. Ved la primera palabra que ha dado á Goëthe su obra singular.»

«El diablo es el héroe de esta pieza: el autor no le ha concebido como una fantasma hedionda, tal como se acostumbra á representarle á los niños; ha hecho de él un malvado por escelencia, acerca de quien todos los malos, y el de Gresset en particular, no son sino novicios, apenas dignos de ser los criados de Mefistofeles. (Este es el nombre del demonio que se hace amigo de Faust.)

«Goëthe ha querido representar en este personage real y fantástico á un mismo tiempo, la mas amarga chanza que

ha podido inspirar el desprecio, y no obstante tiene una alegría audaz que entretiene. En los discursos de Melistofeles hay una ironía infernal que se dirige á la creación toda entera, y juzga al universo como un mal libro cuyo censor es el diablo.

«Faust reúne en su carácter todas las debilidades de la humanidad: deseos de saber y fatigas del trabajo, necesidad del buen resultado y saciedad del placer. Es un perfecto modelo del ser variable y movable cuyos sentimientos son todavía más efímeros que la corta vida de que se lamenta. Faust tiene más ambición que fuerza, y la agitación interior le dispone contra la naturaleza y le hace recurrir á todos los sortilegios para libertarse de todas las condiciones duras, pero necesarias, impuestas al hombre mortal. En la primera escena se le ve en medio de sus libros y de un número infinito de instrumentos de física y de frascos de química. Su padre se ocupaba también de las ciencias y le transmitió el gusto y la costumbre. Una sola lámpara da luz al retiro sombrío, y Faust estudia sin cesar la naturaleza y particularmente la magia, de cuyos secretos ya posee algunos.

«Quiere hacer aparecer uno de los genios creadores del segundo orden; el genio viene, y le aconseja no elevarse sobre la esfera del espíritu humano.» Corresponde á nosotros, le dice, el sumergirnos en el tumulto de la actividad, en las olas eternas de la vida que el nacimiento y la muerte elevan y precipitan, rechazan y vuelven á traer. Nosotros estamos criados para trabajar en la obra que Dios nos manda y cuya trama cumple el tiempo. Pero tú, que no puedes concebir sino á tí mismo, tú que tiembles cuando quieres profundizar tu destino, y que mi soplo hace estremecer, déjame, no me llames más.» Cuando el genio desaparece una desesperación profunda se apodera de Faust, y quiere envenenarse.

«¡Es pues hacia tí, licor ponzoñoso, que mis miradas se fijan! Tú que das la muerte, te saludo como á una pálida luz en un bosque sombrío. En tí honro la ciencia y el espíritu del hombre; tú eres la más dulce esencia de los jugos que proporcionan el sueño. Tú contienes las fuerzas que destruyen la vida, ven á mi socorro, ya veo que se calma la agitación de mi espíritu. Quiero arrojarme al mar: las aguas cristalinas brillan á mis pies como un espejo. Un nuevo día me llama hacia la otra orilla; un carro de fuego pasa sobre mi cabeza, quiero subir en él, sabré recorrer las esferas etéreas y gustar las delicias de los cielos.

«Pero ¿cómo merecerlas en mi abatimiento? Sí, yo lo puedo, si me atrevo á hacerlo, si derribo con valor las

puertas de la muerte, delante de las cuales todos pasan temblando. Ya es tiempo de manifestar la dignidad del hombre. Ya no es necesario que tiemble á la orilla del abismo en donde su imaginacion se condena á sí misma á sus propios tormentos, y en donde las llamas del infierno parece que impiden el acercarse. Quiero verter el mortal veneno en esta copa de cristal puro. ¡Ay! en otros tiempos tenia un uso diferente: se pasaba de mano en mano en los festines alegres de nuestros padres, y el convidado recibíendola, celebraba en verso su hermosura. ¡Copa dorada! tú me recuerdas las noches bulliciosas de mi juventud, no te ofreceré mas á mi vecino, no alabaré mas al artista que supo hermosearte. Te ha llenado un lícior sombrío, yo le he preparado, le he escogido; ¡ah! ¡que sea para mi el ofertorio solemne que consagro á la mañana de mi nueva vida!

«En el momento en que Faust va á tomar el veneno, oye las campanas que anuncian el dia de Pascua á la ciudad, y los coros que en la iglesia inmediata celebran esta santa fiesta.

«Cantos celestes, poderosos y dulces, ¿porqué me buskais entre el polvo? Hacedos oír á los humanos á quienes podeis consolar. Escucho el mensaje que me traeis, pero me falta la fe para creerlo. El milagro es el hijo querido de la fe. Sin embargo, acostumbrado á oír estos cantos desde la infancia, me llaman á la vida. En otros tiempos un rayo de amor divino bajaba sobre mi durante la solemnidad tranquila del domingo. El sonido bronco de la campana llenaba mi alma del presentimiento del porvenir y mis oraciones eran un goce ardiente. La misma campana anunciaba tambien los juegos de la juventud y la fiesta de la primavera. La memoria reanima en mí los sentimientos propios de los pocos años, que hacen olvidarnos de la muerte. ¡O! haceos oír todavía, cantos celestes; la tierra me ha reconquistado.»

«Este momento de exaltaciones pasajero: Faust tiene un carácter inconstante, las pasiones mundanas vuelven á apoderarse de su corazon, busca el modo de satisfacerlas, y desea el entregarse á ellas. El diablo, bajo el nombre de Mefistofeles, viene y le promete ponerle en posesion de todos los goces de la tierra, pero al mismo tiempo sabe disgustarle de todos ellos; porque la verdadera maldad seca el alma de tal manera, que concluye por inspirar una indiferencia profunda por los placeres igualmente que por las virtudes.

«Mefistofeles conduce á Faust á la casa de una hechicera que tenia á su disposicion unos animales medio monos y medio gatos. Esta escena puede considerarse en algun modo como la parodia de las brujas de Macbeth.

«Faust frecuenta las sociedades acompañado siempre de Mefistofeles; pero él se fastidia y el diablo le aconseja que se enamore. En efecto se manifiesta enamorado de una jóven plebeya totalmente inocente y sencilla, que vive pobremente con su madre y que se deja seducir luego. Faust se cansa del amor de Margarita lo mismo que de todos los goces de la vida. No hay nada mas hermoso en aleman que los versos en que manifiesta á un mismo tiempo el entusiasmo de la ciencia y la saciedad de la dicha.

«Espíritu sublime, tú me has concedido cuanto te he pedido, y no has sido en vano que hayas vuelto hácia mí tu rostro rodeado de llamas, tú me has dado la encantadora naturaleza por imperio, me has dado la fuerza de conocerla y de gozar de ella. No es una fria admiracion la que me has permitido, pero sí un íntimo conocimiento, y me has hecho penetrar en el seno del universo igualmente que en el de un amigo; tú has conducido á mi presencia la multitud variada de los vivientes y me has enseñado á conocer á mis hermanos en los habitantes de los bosques, de los aires y de las aguas. Cuando suena la tempestad en el bosque, cuando arranca y derriba los pinos gigantescos, cuya caida hace resonar la montaña, tú me guías á un asilo seguro y me revelas los secretos maravillosos de mi propio corazon; cuando la luna tranquila sube lentamente á los cielos, las sombras plateadas de los tiempos antiguos se presentan á mis ojos, sobre las rocas y en las arboledas, y parece que me suavizan el severo placer de la meditacion.

«Pero lo conozco, ¡ay! el hombre no puede alcanzar nada que sea perfecto. Al lado de las delicias que me acercan á los dioses, es preciso que sufra el compañero frio, indiferente y altivo que me humilla á mis propios ojos y que con una sola palabra reduce á la nada todos los dones que me has hecho. Enciende en mi corazon un fuego desordenado que me consume y arrastra hácia la muger hermosa: pero con enagenamiento del deseo á la dicha, pero en el seno de la felicidad misma un vacilante fastidio me hace echar de menos el deseo.»

«La historia de Margarita contrista dolorosamente el corazon, su estado vulgar, su entendimiento limitado, y todo lo que la somete á la desgracia sin que ella pueda resistirlo, inspira tambien piedad en su favor. Goëthe casi nunca ha dado calidades superiores á las mugeres, pero pinta maravillosamente el carácter débil que les hace tan necesaria la proteccion. Lord Byron ha adornado á Astarte de todos los encantos y de todas las perfecciones, pero en la pieza no se descubre sino su

sombra y el poeta no alza sino un momento el velo misterioso que cubre á la hermana y á la amiga de Manfredo.

«Margarita es la causa de la muerte de su madre y de su hermano, y Faust la llena de amarguras. ¡Ay! esclama en un momento de remordimientos, ¡hubiera sido tan fácilmente dichosa! una pobre choza en uno de los valles de los Alpes y algunas ocupaciones domésticas, hubieran bastado para satisfacer sus deseos limitados y llenar su vida pacífica; pero yo, enemigo de Dios, no he descansado hasta despues de haber despedazado su corazon y de haber arruinado su miserable destino. De este modo la paz debe haberle sido robada para siempre, y es necesario que sea la víctima del infierno. ¡Y bien! demonio, abrevia mis angustias y haz llegar lo que debe suceder. Que la suerte de esta desgraciada se cumpla, y á lo menos precipítame con ella en los abismos.»

«Mefistofeles imagina el trasportar á Faust á la junta nocturna de las brujas á fin de distraerle de sus penas; y hay una escena que es imposible explicarla, aunque en ella se encuentran un gran número de ideas que retener. La junta de las brujas es verdaderamente como una fiesta de las saturnales.

Faust sabe que Margarita ha hecho perecer al niño que habia dado á luz, esperando por este medio el escusarse la vergüenza de su conducta. Su crimen ha sido descubierto, se le ha puesto en prision, y al día siguiente debe morir en un cadalso. Faust maldice con furor á Mefistofeles, y este acusa á Faust con frialdad, y le prueba que es él quien ha deseado el mal, y que no le ha ayudado sino porque le habia llamado. Se ha dado una sentencia de muerte contra Faust porque quitó la vida al hermano de Margarita; pero no obstante se introduce secretamente en la ciudad, obtiene de Mefistofeles los medios para libertar á Margarita, y se introduce de noche en su calabozo cuyas llaves habia ocultado.

«Oye á lo lejos que ensaya el cantar una cancion que prueba la pérdida de su razon. Margarita cree que vienen á buscarla para conducirla al cadalso: escena tierna entre ella y Faust que no puede decidirla á que le siga; Margarita pasa rápidamente de una idea á otra, no reconociendo á su amante sino por intervalos. Mefistofeles comparece á la puerta y les dice: daos prisa ó estais perdidos; vuestros retardos y vuestras dudas son funestos, mis caballos tiritan, el frio de la mañana se hace sentir.--_Margarita._ ¿Quién sale de este modo de la tierra? él es, él es; hacedle ir. ¿Qué hará en el lugar sagrado? Es á mi á quien quiere

llevarse.--_Faust_. Es necesario que tu
vivas.--_Margarita_. ¡Justicia divina, me abandono á
tí!--_Mefistofeles á Faust_. Ven, ven ó te doy la muerte
igualmente que á ella.--_Margarita_. Padre celestial, yo
soy tuya, y vosotros ángeles salvadme, coros sagrados,
rodeadme, defendedme: Faust, tu suerte es la que me
aflige...--_Mefistofeles_. ¡Ya está juzgada! Las voces
del cielo esclaman: ¡está salvada!--_Mefistofeles á
Faust_. ¡Sígueme! Mefistofeles desaparece con Faust; se
oye en lo interior la voz de Margarita que llama
inútilmente á su amigo «¡Faust! ¡Faust!»

«La pieza queda cortada después de estas palabras.» «Es
necesario añadir alguna cosa» concluye madama de Staël,
y nosotros aplicamos lo que dice á nuestra traducción de
Manfredo: «es preciso suplir por la imaginación al
hechizo que debe añadir una hermosa poesía á las escenas
que he ensayado traducir. En el arte de la versificación
hay siempre un género de mérito reconocido por todo el
mundo, y que es independiente del objeto á que ha sido
aplicado en la pieza de Faust. La cadencia cambia según
la situación, y la brillante variedad que resulta es
admirable.

«La creencia de los malos espíritus se encuentra en un
grande número de poesías alemanas. La naturaleza del
Norte se acomoda bastante bien con semejante terror, y
así es mucho menos ridículo en Alemania que lo sería en
Francia, el servirse del diablo en las ficciones.

«Es imposible el leer la pieza de Faust sin que se
presente en la idea de mil maneras diferentes, se enfada
uno con el autor, se le acusa, se le justifica, pero da
motivo para reflexionar sobre todo, y para valerme del
lenguaje ingenuo de un sabio de la mediana edad, _sobre
alguna cosa mas que todo_.

«La crítica de una obra semejante debe ser un objeto muy
fácil de prever de antemano, ó mas bien el género mismo
de la obra puede merecer la censura, todavía con mas
razón que el modo como está tratada; porque una buena
composición, debe ser juzgada como un sueño; y si el
buen gusto se halla siempre vigilante en la puerta de
marfil de los sueños para obligarles á tomar la forma
convenida, muy rara vez chocarán á la imaginación.

«Sin embargo la pieza de Faust no es ciertamente un buen
modelo, y sea que pueda ser considerada como la obra de
un delirio del entendimiento, ó de la saciedad de la
razón, es de desear que no se repitan semejantes
producciones; pues cuando un ingenio tal como el de
Goëthe, rompe todas las trabas, la multitud de sus
pensamientos es tan grande, que por todas partes escuden

y trastornan los límites del arte.

«Dichosos los autores que como Goëthe, estan traducidos y comentados por una muger á quien lord Byron ha proclamado ¡la primera de su siglo y de todos los siglos pasados! y aunque algunas de sus críticas pueden hallar su aplicacion en las obras del autor de Manfredo, nuestras citas no podrán ser desagradables á un poeta que fue constantemente el admirador y el amigo de Corina.»

FIN DE LAS NOTAS

End of the Project Gutenberg EBook of Manfredo, by Lord Byron

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK MANFREDO ***

***** This file should be named 10821-8.txt or 10821-8.zip *****

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.net/1/0/8/2/10821/>

Produced by Miranda van de Heijning, Paz Barrios and PG Distributed Proofreaders. This file was produced from images generously made available by gallica (Biblioth que nationale de France) at <http://gallica.bnf.fr>.

Updated editions will replace the previous one--the old editions will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties. Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose

such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.net/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg

are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.net

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site (www.gutenberg.net), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS,' WITH NO OTHER

WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO
WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pgla.org>.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pgla.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent

permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 4557 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email business@pglaf.org. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's web site and official page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Each eBook is in a subdirectory of the same number as the eBook's eBook number, often in several formats including plain vanilla ASCII, compressed (zipped), HTML and others.

Corrected EDITIONS of our eBooks replace the old file and take over the old filename and etext number. The replaced older file is renamed. VERSIONS based on separate sources are treated as new eBooks receiving new filenames and etext numbers.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.net>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.

EBooks posted prior to November 2003, with eBook numbers BELOW #10000, are filed in directories based on their release date. If you want to download any of these eBooks directly, rather than using the regular search system you may utilize the following addresses and just download by the etext year.

<http://www.gutenberg.net/etext06>

(Or /etext 05, 04, 03, 02, 01, 00, 99,
98, 97, 96, 95, 94, 93, 92, 91 or 90)

EBooks posted since November 2003, with etext numbers OVER #10000, are filed in a different way. The year of a release date is no longer part of the directory path. The path is based on the etext number (which is identical to the filename). The path to the file is made up of single digits corresponding to all but the last digit in the filename. For example an eBook of filename 10234 would be found at:

<http://www.gutenberg.net/1/0/2/3/10234>

or filename 24689 would be found at:

<http://www.gutenberg.net/2/4/6/8/24689>

An alternative method of locating eBooks:

<http://www.gutenberg.net/GUTINDEX.ALL>

